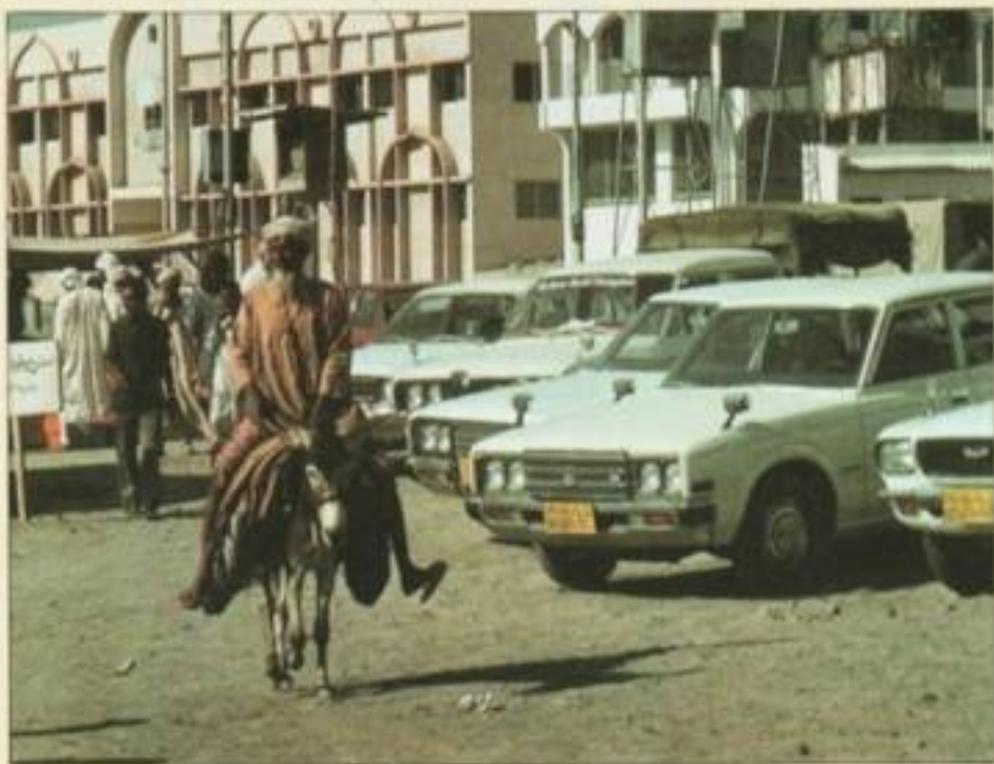


CUADERNOS

historia 16

Tercer mundo y petróleo

Enrique Ruiz García



97

Entrega n.º 97 de la colección *Cuadernos Historia 16* dedicado al Tercer mundo y el petróleo.

Reunión de ministros de la OPEP en Lagos (Nigeria). El alza de los precios del petróleo ha convertido a los países exportadores de crudos en protagonistas de la economía mundial.

Indice

Tercer mundo y petróleo

Por Enrique Ruiz García

Catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. UNAM, México.

Bibliografía

Tercer mundo y petróleo

Por Enrique Ruiz García

Catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas y UNAM,
México

EN 1956, un grupo de intelectuales franceses, teóricamente reunidos en torno a Alfred Sauvy, inventaron el término *Tiers Monde*. Muchos años después uno de los miembros de ese grupo –el profesor de Sociología de la Sorbona Georges Balandier– resumía el éxito y el fracaso de la denominación con estas palabras:

Ese término lo empleamos entonces en una obra sobre demografía. Pero el enorme éxito de esa noción ha llevado consigo muchos errores. En efecto, al emplearla pensábamos en el Tercer Estado. Sin embargo, en inglés esta referencia no existe en modo alguno y mucha gente ha pensado en una clasificación, en una manera de dar un número (a esa clasificación), cosa que no estaba en nuestra mente...

El punto de partida, en efecto, de Alfred Sauvy, Balandier y otros más consistía en equiparar, como hipótesis dialéctica de trabajo, el papel del Tercer Estado en la Revolución francesa y la situación material y cultural de los pueblos coloniales o descolonizados, que entraban en la historia y parecían subrayar, con su presencia, un cambio radical en las relaciones entre las naciones: como el Tercer

Estado lo determinara entre los estamentos sociales –nobleza, clero y Tercer Estado– del Antiguo Régimen.

Una imagen –en el sentido global del término– *funcionaba* literariamente en la denominación: la famosa interrogación (con su respuesta) de Emmanuel-Joseph Sieyès (el *abbé Sieyès*) en el curso de los debates que precedieron a la destrucción del Ancien Régime:

–¿Qué es el Tercer Estado?

–Nada.

–¿Qué aspira a ser?

–Todo.

Pero el Tercer Estado era un grupo social en ascenso –homogéneo políticamente, aunque no por su origen de clase que totalizaba un comportamiento sociológico. La equivalencia Tercer Estado y Tercer Mundo es falsa y peligrosamente generalizadora.

En efecto, las naciones que han logrado la independencia y constituyen hoy el Tercer Mundo *no son*, sociológicamente, clases homogéneas políticamente en lucha, totalizadamente, contra los estamentos, por decirlo así, externos: es decir, los imperialismos y las potencias económicas dominantes. *Son, de mejor suerte, clases contra clases en el interior mismo del Nuevo Régimen.*

Más aún: en el Tercer Mundo (cosa que no fue en el Tercer Estado) los intereses de grandes núcleos de la población están vinculados, materialmente, a los intereses de los grupos dominantes externos. Esa Situación real, inequívoca, ha hecho posible un doble lenguaje en el Tercer Mundo: el lenguaje metademagógico de la condena del Primer Mundo y un permanente acuerdo, subyacente, de sus clases dirigentes con él. Esa realidad, indisputable, es una realidad explosiva. Moral y materialmente.

Por si ese mecanismo dialéctico de ambigüedad y confusión ideológica y semántica fuese poco, el 10 de abril de 1974, en las Naciones Unidas, el actual demiurgo de China *hacia la economía de mercado socialista*, Deng Xiao-

ping, presentó, en un discurso ante la Asamblea General – todavía Mao Tse-tung estaba vivo, lo que añade equivocidad a la nueva *Weltanschauung*–, la Teoría de los Tres Mundos.



Según Deng, que hablaba entonces sobre el problema de las materias pumas, el *primer mundo* está compuesto por las dos grandes superpotencias, que tienden a dominar a todas las demás. De las dos superpotencias, la que enarbola la bandera del socialismo le parecía a Deng más peligrosa que Estados Unidos. El *segundo mundo*, en esa teoría, está conformado por las potencias industrializadas, y el *tercero*, añadía, es el que se conoce como Tercer Mundo.

Esta tesis suponía una ruptura violenta, y no sólo epistemológica, con el planteamiento anterior de China sobre *los cuatro mundos*. Todavía cuando China ingresó en las Naciones Unidas, en 1971, mantenía una interpretación de la lucha de clases internacionales bajo el signo de *los cuatro y no de los tres mundos*.

La globalización previa suponía que el *primer mundo* estaba compuesto, ciertamente, por las dos superpotencias (pero rompía con la generalización mecánica de la *guerra fría*, que amparaba la idea de una contradicción única y formalizada *entre el capitalismo y el socialismo*); el *segundo* lo estructuraban China y los países que compartían su versión marxista-leninista de las contradicciones mundiales. *Eliminaban de ese componente a los países socialistas de Europa oriental, que, según China, estaban reducidos a la dependencia a la URSS bajo el manto de una pretendida comunidad. El tercer mundo, paradójicamente, lo formaban los países industrializados, y el cuarto las formaciones sociales en vías de desarrollo.*

Es patente que la segunda versión –teoría de los tres mundos– arrancaba de la necesidad china de *incorporarse*, por otro camino, a una realidad internacional donde el Tercer Mundo, al cual se une China a partir de 1974, tenía una valoración distinta. Pero es objetable la creencia, o por lo menos difícilmente aceptable como *praxis*, de que los países industrializados puedan plantearse *una alianza de clases con el Tercer Mundo frente a las dos superpoten-*

cias; una de las cuales, además, según China, es el enemigo principal: la URSS.

Ni la teoría de Alfred Sauvy –por tomar el nombre motor del grupo– sobre la equivalencia entre el Tercer Estado y el Tercer Mundo, ni la teoría de Deng Xiaoping sobre los tres mundos constituyen, coherentemente, una interpretación absolutamente válida. El problema, no obstante, existía y existe. Por otra parte, la connotación ideológica y política conllevaba otra simplificación que no es enteramente cierta: la suposición de una confrontación mecánica del Tercer Mundo (cuando ya se reconoce, *en cuanto a indicadores de pobreza total*, la existencia de un *cuarto mundo*), que aglomera a las formaciones sociales periféricas frente a las formaciones sociales centrales del capitalismo.

Como bien se sabe, la URSS se niega a asumir ninguno de los pillajes y exacciones del imperialismo y el capitalismo respecto a las formaciones sociales periféricas. De todas maneras es difícilmente soslayable lo real: que los intereses de la URSS como potencia, si realmente chocan con los del capitalismo altamente desarrollado, también coinciden con ese mismo capitalismo altamente industrializado en sus aspiraciones planetarias.

A la hora de la revolución energética, la URSS ha diseñado, por ejemplo, una estrategia de intercambios –oleoductos, gaseoductos, etcétera– que la integran en la dialéctica económica de la competitividad del desarrollo y no sólo de la competitividad ideológica. Esta se ha circunscrito a la esloganización del texto, pero pasando sobre la teoría y, por tanto, sobre la esencia misma del discurso. Este se ha mineralizado en el *slogan*.

El nacimiento del Tercer Mundo

Tres hombres –que no son los del grupo de sociólogos y demógrafos reunidos en torno a Alfred Sauvy– han inventado el Tercer Mundo –permítaseme decirlo así– *desde la realidad como hipótesis de lo imaginario: Jawaharlal Nehru, el mariscal Tito y Gamal Abdel Nasser.*

Sus contradicciones eran explícitas, esto es, correspondían a tres tipos de civilizaciones y a tres probabilidades de combate. Las civilizaciones eran claras: *el hinduismo como ingrediente gandhiano de la independencia; el islamismo como núcleo revolucionario del nacionalismo oriental y africano: el europeísmo revolucionario del nacionalismo yugoslavo, escindido, desde la práctica, de la Revolución personalizada y aniquilada por Stalin.*



Mao y Chu En-lai en la época de la proclamación de la República Popular China.



Teng Shiao-ping.

Es cierto que esos tres hombres no están presentes, al tiempo, en el *primer estallido* del Tercer Mundo. El *primer estallido* del Tercer Mundo –hecho que movilizaría en Francia y en el *París de la Sorbona* a los continuadores del abate Sieyès– ocurrió en Bandung en 1955.

En ese año, entre el 18 y el 24 de abril, 29 Estados asiáticos y africanos se reunieron en la ciudad de Bandung (Indonesia) para definir las bases de un acuerdo común. Tres asiáticos y un africano dominaron, con su personalidad los debates: Nehru, de la India Chu En-lai, de China; Sukarno, de Indonesia, y Nasser, de África.

Por vez primera en la historia, los dos continentes que habían generado las más antiguas civilizaciones y que eran, también, los continentes –dos hechos ineludibles en el tiempo– más explotados por el colonialismo emergieron como *un proyecto y un desafío*.

Los diez principios de Bandung planteaban, como fundamentación global, la era de la emancipación y la igualdad entre las naciones y las razas. En el comunicado final se pedía, además, la creación de un Fondo de las Naciones Unidas para acrecentar el desarrollo económico.

Después de la Conferencia de Bandung la descolonización se transformó en un proceso irresistible. El liderazgo de Nehru y Nasser, por ejemplo, parecía incontestable. Al igual que la expansión de las luchas nacionales por la recuperación de la soberanía parecía, sin más, irreversible. Sobre todo después de la aceptación, por parte de Francia (1954), de la independencia de Indochina. *Representantes de los ejércitos populares en rebelión de Argelia, Chipre, Malawi, Túnez, Costa de Oro y Namibia estuvieron presentes en Bandung no como Estados, pero sí como formas abiertas de presencia popular insurgente.*

Bandung terminó sin que se comprendiera bien, como asunción de la totalidad, que aquella conferencia representaba un momento decisivo de la vida contemporánea. En ese sentido, acaso, la referencia a Sieyès tenía una significación:

–¿Qué es el Tercer Estado?

–Nada.

–¿Qué quiere ser?

–Todo.

Demasiado, ciertamente, pero planteaba, cuando menos, un inmenso cuestionario: *el de la descolonización y la transferencia de la soberanía a los nuevos pueblos.* Antes de separarse, Nasser y Nehru se comprometieron a verse de nuevo para reflexionar juntos sobre esos temas. África y Asia mesurando, pues, las nuevas circunstancias del mundo.

Nasser tenía, en 1955, treinta y siete años: Nehru, sesenta y seis. El primero pertenecía a una clase humilde de desconocidos labriegos del desierto. El padre era un pequeño funcionario de Correos en un pueblo perdido. El hijo no tuvo ante sí, como salida, nada más que el Ejército. Era el único segmento social donde la porosidad social permitía el ascenso. La carne de cañón, barata, se abriría, un día, hacia la toma de conciencia.

Nehru, al contrario, pertenecía a la casta superior, a la brahmánica. Su familia formaba parte, desde Cachemira, de un cuadro social privilegiado. Cuando esa familia asumió el liderazgo de la independencia –con Gandhi delante de todos llevando a Indira, en juego, sobre sus rodillas –, todos los Nehru eran parte de la mitología. No le impidió vivir a Nehru, durante catorce años, en la cárcel. No le imposibilitó para llevar, sobre la túnica, aquella rosa roja, imperturbable. Sus compañeros de la cárcel decían que soñaba en inglés. El inglés de las universidades de Oxford. Nasser tenía el inglés de los cuarteles. Los dos supieron que eran iguales y distintos.

Pasaron seis años antes de que la existencia reuniera a los tres líderes naturales del Tercer Mundo. El tercero fue el mariscal Tito. Personaje –dice Milovan Djilas en *Tito, mon ami, mon ennemi*–, *sin ningún talento, Tito no tuvo nada más que una dimensión: la política.*



Fahd ibn Abdel-Aziz, actual soberano de Arabia Saudita.

Me parece demasiado simplista, demasiado literaturalizado el esquema para ser cierto. Cuando yo hablé con Tito, en su residencia de Belgrado, sus brillantes ojos azules no eran sólo los ojos del *Zoon Politikon*. Tenía una avidez de saber casi fascinante. Los animales políticos de que habla Milovan Djilas no pueden ni saber ni ser. Los conozco.

El primero, Nehru, era un aristócrata: el segundo, Nasser, el hijo de un hombre de la fracción más reptante de la

clase media: el tercero, un obrero industrial cargado, al final, de oropeles y uniformes que había forjado, paradójicamente, en una guerra popular contra los nazis y en una guerra popular contra Stalin.

Nehru venía de una civilización religiosa fundada en *los dioses*: Nasser provenía de un segmento militar de una religión monoteísta –el Islam– que aspiraba a la universalidad de la conciencia: Tito, un europeo de Oriente, era el único que transportaba consigo la última iglesia secularizada del mundo occidental: el comunismo y sus déspotas. Él era el eslabón indispensable a las otras dos civilizaciones auténticamente religiosas.

Los tres representaban, en última instancia, la inutilidad del saber, porque dependían de iglesias reveladas. El profeta último, barbado y arcaico –Marx– se inyectaba en el hinduismo y el islamismo a través, de un lado, del hiatus, del judaísmo y de la profecía de la sociedad sin clases.

Por ello mismo se sintieron, entre sí, fascinados. Nehru, dijo un colaborador inmediato a Nasser –Mohamed Hasanein Heikal–, no tuvo por el *faraón* egipcio, al principio, nada más que un interés estratégico...

Esa era la cúpula del edificio. Debajo estaba un tejado sociológico que sólo el Tercer Mundo, aún, produce y que es, a la vez, exaltante y destructor: la vocación trágica y fatalista de lo religioso y la vocación revolucionaria sin la experiencia democrático-burguesa. El brahman Nehru, hindú, había nacido en una ciudad penetrada por el ideario musulmán: *Ahmedabad*. Tito, después, miraría a Nehru y se volvería a sus colaboradores para susurrarles:

–Con Nehru toda conversación se remonta al Diluvio...



Mezquita en una ciudad de Arabia Saudita.

Nasser y Nehru, cierto, combatían por el futuro, pero estaban profundizados, ideológicamente, por la trama religiosa de la trascendencia. Pasado y porvenir jugaban, con Mircea Eliade, una partida inacabable: todo era, cierto, el Diluvio. Todavía es. Sin embargo, lo que admiraba Nasser en Nehru era, curiosamente, su inteligencia racional: *su capacidad para convertir el Diluvio –parafraseando a Tito– en diálogo del presente absoluto.*

Yo tuve esa misma impresión ante Nehru, pero más compleja. Me había citado, en New Delhi, en su despacho del Parlamento. Como tenía tiempo fui antes a ver la sesión de la Cámara. Desde arriba le veía moverse con una gracia, a la vez, femenina y felina. Morada la túnica, roja la rosa: pequeña la estatura y un cráneo grande, acaso desproporcionado. Cuando dejó su escaño me levanté para dirigirme a su despacho. Llegó, puntual, británico, a la cita. Ni un segundo antes ni después. Se instaló su risa, entonces, en el bronce de la magnífica cabeza. En la enorme mesa del despacho –aún puedo verla– no había un solo papel. Sólo una piedra negra, brillante, solitaria. ¿Una pie-